

# Quiéras o no...

POR ALFONSO FABILA

Los Téules malditos para siempre llegaron, y ardió en columnas desenfrenadas y furiosas la mar, y su luz rieló—con valentía colorista en la ría encendida del océano,—ojos de panteras gesticulantes, y en la espuma de su sangre salobre, hubo henchimientos rugientes y absurdos de flotantes melenas, que hendían como espadas de oro y púrpura sus lenguas retorcidas, al quemar de las temerarias carabelas, que un día llegaron a la balaustrada rocallosa y primitiva de la perdida Atlántida.

La raza autóctona, descendiente de Ometecuhli que está en Omeyócan, altiva y potente, cimbróse juntamente con su plinto de continente, al ver los rostros de los centauros de Oriente. De aquellos dioses del rayo y el trueno, las escarpas férreas en su marcha conquistadora resonaron agresivos, y aun cuando el indio, arrogante, con tres únicas piedras riscosas, hizo morder con bruto golpe el polvo a tres blancos, sangrando como venenosas adelfas, éstos al indio al fin vencieron: oro, plumas de quetzales y papagayos, cuentas de jade y alabastro para regios collares, diamantes y turquesas, orfébricas mantas y zenzontles les dieron en ofrenda, y a cambio de vasallaje y multicolores baratijas, y para colmo, —icoruscante regalo!—, hasta la morena princesa india de ojazos negros, dueña y señora de chinampas y canales policromos, volcanes nevados y palacios de estructuras fantásticas, compartió temblando, en extrañío delirio de sangre tropical, su lecho formado de grandes pieles de lince y jaguares, recamado de áureos metales y topacios.

Su dios,—que Dios es para el mundo cristiano—, con la ballesta, aljaba, tizona, alabarda y arcabuz les impusieron, y a los de ellos en recompensa quitaron de sus aras, y sobre sus moles grotescamente simbólicas, una cruz torturada, sombría y coagulada de púrpura plantaron. Ellos la corona radiosa y rica de Cuauhtemoc se robaron para la cabeza del León Castellano, y hubo muchos, muchos tiranos desde entonces en toda la rosa de los vientos americanos, y desde entonces imperan gobernándonos con su espada déspota y criminal de vampiros: y seguirá habiéndolos quizá, por siempre, por siempre...

El bravo indio, se volvió taimado y triste,—indio de pupilas heladas como la eternidad—, por el chasquido del azote bestial, la deshonra y miseria.

Su vida ya no fué, ni es, ni será propia, como no lo será tampoco su honra y hogar, por causa del demagogo y el científico criollo. El habitante de las ciudades lacustres, pirámides y teocalis, inmensos como su grandeza de antaño, permanecerá visionario de rostro sombrío, y ya no se volverá a oír su canto guerrero y amoroso, y su alarido de bárbaro no turbará más los aires, por toda su melancólica eternidad...

La doctrina del dios de los Téules, por la caricia tierna del misionero Bartolomé, el golpe de la tizona que fustiga sin piedad, entróse en el alma salvaje del azteca, y fué ésta del dios judío: y le adoró de rodillas, pensando a su vez en Quetzalcoalt y Tezcatlipoca, pero pasaron los siglos esclavizando con dolor contenido. Con rebeldía de tigre hambriento, usurpó la estola y la casulla, y con ellas el puesto que tenía en el templo de Jesús el Rabí, y al llegar al altar, que con dolor y fatigas irracionales él había formado, enriquecido en joyería con el óbolo de su trabajo, quitado a sus paternos dioses, y por la sed de justicia que con ansia su entraña de tigre y águila abrazaba, en el cáliz eucarístico su dolor sangrante y sublime vació sin miedo ni tasa...

El sacerdote indio, ya así, pudo confesar de sus pecados a la hija del blanco cacique, y con la misma suspicacia que los aventureros, al oído, en voz baja,—cuando ella a él se llegara,— la preguntó:

—Hija, ¿y cuántas veces has pecado, dando tus humanos labios al beso de los hombres? Y ante tal pregunta la virgen española enmudeció, porque no sabía su pensamiento aun siquiera lo que era entregar temblando los labios granados a los hombres. —Hija,—insinuó febrilmente el sacerdote indio:—¿Cuántas, cuántas, dime, cuántas?... Y la virgen española apenas dijo:—No sé, señor, no conozco lo que me pregunta. Y entonces, el sacerdote indio acercando lentamente sus labios trémulos como hostia, apenas musitó: Así...—La virgen española, cerrando como de paloma agonizante los ojos, con el rostro florecido de emoción y pudor, ante tal pecado tan inmenso, tuvo un éxtasis divino y azul dentro de su corazón...

Nadie supo aquello, sólo la cúpula negra del arcaico templo majestuosamente retumbó; mas desde ese día, ya una sólo raza palpita en la sangre, y el indio, hecho semidiós, le dice

desde su Angustia al hermano ibero: Vuélveme mi tierra, vuélveme mi tierra donde duermen mis mayores, devuélveme mi pequeño calpulli donde sembrar solía en mis días felices la simiente del maíz, y dame leal tu mano de león, que quieras o no, con toda América Latina, seremos una sola raza y un solo ideal, que vibrará potente y eterno como mi grito salvaje, por toda nuestra eternidad...

Tenochtitlán, a 13 de diciembre de 1922

## Nota bibliográfica

OFRENDA DE LAS HORAS.—  
Fragmentos líricos escritos por el  
joven poeta RAFAEL CORTÉS.

EL crítico que intenta la promoción de los valores, antes de declararse implacable taxidermista, a la usanza erudita, encontró en las páginas de este opúsculo, motivos de la más dulce alegría: aquella alegría que se flexibiliza en entusiasmo en la contemplación del crecimiento de los brotes más fuertes de la selva nueva, olorosa a sagradas resinas y llena de susurros de aguas frescas y límpidas. Y encontrará en la «Ofrenda de las Horas» tanta armonía y tanta sutileza lírica, tanta atrevida combinación de formas y de líneas aladas, que habrá de pensar en las copas juveniles que desbordan sus esencias en las manos de los dioses adolescentes. Y no fijará su atención en tal o cual monótona consonancia de palabras, en tal o cual procedimiento irreflexivo de las frases y las imágenes: tal es la riqueza del aroma propio, la profusa distribución atinada de los colores, el desbordamiento sugerente de símbolos, que manifiestan la presencia de una fantasía poderosa y rítmica, ajena a toda vulgar apreciación del arte y sus caprichosos procesos interiores. Porque pertenece a las caudalosas estirpes de artistas cuyos nacimientos mismos hacen despertar las tempranas admiraciones y las tempranas envidias, como los hijos dilectos de los inmortales, para quienes Efestos fabricaba sonoros y repujados escudos de oro y picas relucientes de bronce.

M. VINCENZI

### EL CONVIVIO DE LOS NIÑOS

Cuentos a Sonny. Por Santiago Pérez Triana.....	0.25	»	»
Tardes de Invierno. Por F. Pi y Margall.....	0.25	»	»
Florilegio. Por diversos autores...	0.25	»	»
La Edad de Oro. Por José Martí. Dos tomos, Cada uno.....	0.50	»	»
Los Cuentos de mi tía Panchita. Por Carmen Irujo. Edición aumentada....	0.50	»	»
Pasteur. Por Gaston Laurent.....	0.30	»	»